



Calle Encantada

testar a ninguno de estos clamores contrapuestos. Se había suspendido el fuego. Se los vio que echaban pie a tierra y que tomaban posiciones en los balcones y en el tejado de la casa frontera. Una patrulla subió a la torre de la iglesia, maciza fortaleza de piedra que se elevaba en la espalda de la casa de los Cabañero e instaló en el campanario la ametralladora. Desde allí se podía batir a placer la casa, ya sin techo, sin puertas ni ventanas.

El desencanto que esta actitud de la Benemérita produjo a don Gregorio y a sus hijos fue más doloroso que la atroz herida que atormentaba a Eugenio; más insoportable que el

—Sálvelos usted: por lo menos al niño, que está herido muy grave.

El interpelado preguntó a su vez:

—¿Pero cuánta gente hay en la casa?

—Mi suegro, mi marido, mis dos cuñados, uno de ellos un niño.

—Que se rindan sin condiciones... —respondió el guardia.

Como para indicarle que no estaban dispuestos a hacerlo, de entre los escombros humeantes brotaron cuatro voces que se fundían en un clamor:

—¡Arriba España! ¡Viva España!

Se reanudó el ataque, que corría ahora a

alud de los mineros. El jefe de la Guardia municipal, al ver en tierra el cuerpo expirante del más joven de los hermanos, le remató de un tiro en la cabeza.

Juan y Fernando se replegaron, abandonando la casa amada, y a través del corral intermedio buscaron refugio en otra de la parte trasera, desde donde continuaron defendiéndose. Por increíble que parezca, este estado de cosas se prolongó hasta cerca de las dos de la tarde. Fernando Cabañero cayó entonces, alcanzado también por una bala de la ametralladora. Sólo quedaba con vida Juan, al que no le restaba más que una bala de pistola; pero acabó por sentirse herido.

Tanto valor inspiraba un respeto supersticioso, que en los guardias civiles era un tributo al heroísmo, y en los mineros miedo irracional e instintivo. Así hubo una gran tregua, en que todos se contemplaban en silencio, sin decidirse a acortar las distancias, a acometerse de nuevo. Pero el Alcalde, a quien apremiaba el Gobernador de Ciudad Real, que no podía concebir cómo aquella lucha duraba tanto, apremió a su vez al jefe de la Benemérita:

—Acabe como sea. Es muy peligrosa la existencia de estos focos de rebeldía...

Avanzaron algunos guardias civiles por el dédalo de corrales y de patios hacia la casa en que yacía muerto Fernando Cabañero, y a su lado, herido, su hermano Juan. Los guardias se proponían sin duda recoger a éste y desarmarle; no atentar contra su vida. Pero tras de ellos iban los mineros, de instintos feroces, uno de los cuales, interponiéndose entre el herido y un guardia, pidió a Juan la pistola.

—¡Tómala, cobarde! ¡Está descargada! —dijo el héroe entregándosela.

Entonces el miliciano se echó a la cara la escopeta de caza que llevaba y disparó a boca

“Ya iba acabándose la noche. Las primeras claridades del domingo 19 se insinuaba en el cielo de julio. Y aquel drama sin precedentes, aquella lenta agonía de una familia acosada, abandonada de amigos y parientes, sin socorro humano posible, se prolongaba de un modo inconcebible”.

convencimiento de que no les quedaba ninguna esperanza. Pero, considerándose ya perdidos, se dispusieron a morir con honor, a disparar el último cartucho que les quedase; a no parlamentar con la horda bárbara.

Doña Gloria quiso intentar un último esfuerzo, y saltando entre los montones de escombros salió al encuentro de la Guardia civil. Se encontró con uno de los guardias y se echó a sus pies:

cargo de la Guardia civil. Doña Gloria fue arrastrada a una casa próxima, impidiéndole que volviese al lado de los suyos. La ametralladora emplazada en el campanario de la iglesia regaba de plomo el montón de ruinas. Una bomba de mano dio de lleno en la cabeza de don Gregorio, deshaciéndosela, y a poco, una de las balas de la ametralladora de la torre hirió de nuevo a Eugenio. Entonces avanzaron los primeros guardias civiles y tras ellos el

de jarro. Juan Cabañero recibió el disparo en el hígado, que quedó destrozado, y se desplomó sin articular palabra.

«Los hombres habían muerto —dice un relato familiar—, pero aún faltaban las hembras, y a las cuatro de la tarde aparecieron doña María y su hija Gracita, que desde las dos de la madrugada habían estado enterradas entre paja en una de las casas vecinas. El aspecto que presentaban con los cabellos en